

—Tú, ¿cómo andas de antropología?

Con esa frase empezó todo. El tipo que me la lanzó rondaba los cuarenta e iba disfrazado de alto cargo de Turismo valenciano de cuando Francisco Camps presidía su comunidad. Zapatos mocasines con flecos y sin protección de calcetines para los pies, pantalones vaqueros con el borde deshilachado, camisa blanca, corbata de franjas amarillas y verdes, y una chaqueta azul cruzada con botones dorados que refulgían en la penumbra mañanera del local. Por supuesto, gafas oscuras de diseño con un logo de buen tamaño para dejar claro que le habían costado un dineral. Llevaba el pelo oscuro engominado, y en sus muñecas bailaban un par de pulseritas de las que ayudó a poner de moda entre los ejecutivos de derechas José María Aznar.

Casi no pude entender su peregrina pregunta, porque el medidor de decibelios que anuncia alarma en mis oídos internos estaba desbordado en aquel bar del centro de la ciudad.

Madrid ha sido injustamente tratada por la música. Desde que campara por sus respetos el ilustrado rey Carlos III, que se hizo acompañar en su llegada a la capital del imperio por hombres como Boccherini, nadie ha vuelto a entender su sonoridad más genuina. Madrid nunca tuvo al hombre de la modernidad, al músico que tradujera sus sonidos naturales para llevarlos a las salas de conciertos de la vanguardia. No ha encontrado el Schönberg capaz de ordenar esas fuentes de sonido fruto de una evolución cul-

tural tan añeja como sofisticada. Porque nadie sabe, y a nadie le importa, que de Madrid son Luis de Pablos y Cristóbal Halffter. De sostener la majestuosa sonoridad de la capital del reino, se encargan las cafeterías.

Porque ¿hay algo que serene más el espíritu que empezar un día laborable en una cafetería madrileña? El dulce entrechocar de la loza, que un eficiente camarero va secando con un paño de cocina y deposita en pilas inverosímiles al lado del lavaplatos, el susurro de la máquina que muele el café, acompañando al murmullo de la fuente de vapor que calienta una jarrita de leche. Una tragaperras que escupe sonidos de guerras galácticas llevadas al cine por Lucas, la caída de las monedas que exalta el camino de la victoriosa apuesta. Una radio en una esquina en la que unos delicados tertulianos católicos discrepan con exquisita cortesía de las últimas decisiones del gobierno de asesinos socialista en materia de abortos. Al otro lado, un televisor que muestra a un atildado presentador que adjetiva a ese mismo gobierno de estar constituido por un grupo de lesbianas iletradas y una banda de ladrones arribistas. Los gritos de los clientes que piden a voces un café descafeinado con leche del tiempo en taza mediana y un par de sobre-citos de sacarina. Y los gritos de «Marchando», de «Oído, barra», de «A ver qué pasa con los churros, Fernando»...

Que semejante paisaje acústico tiene hondas raíces culturales lo demuestran trabajos sociológicos rotundos que establecen con certeza estadística que el fenómeno se repite en cualquier barrio, desde el más pijo que trazara el marqués de Salamanca hasta El Avapiés que han colonizado representantes de todos los países que componen las Naciones Unidas. La sociedad madrileña está cosida internamente por la solidaridad acústica.

Lo que varía es la composición humana de la asistencia a los locales.

Yo estaba esa mañana en uno situado en la Corredera Alta de San Pablo, en la frontera del barrio de Malasaña con el de Chueca.

Había allí de todo: chicas con aire de *top models* salidas de un *after hours* que fingían, con la naturalidad de su cándida belleza, que no iban desnudas, parejas de gays que se demostraban inmensa ternura antes de irse a trabajar, rudos ejemplares de moteros tatuados de la cabeza a los pies, unos pocos representantes de la estética gótica, un par de moros despistados, media docena de porteros jubilados que reunían el mayor catálogo de toses de origen tabáquico, una señora que vendía lotería, dos amas de casa que se apropiaban de la tragaperras e intercambiaban inteligentes consejos sobre el juego y, por supuesto, algunos lisiados. En los bares del centro de Madrid siempre hay lisiados.

Y nosotros dos, el tipo de aspecto de político valenciano de la etapa de Camps y yo, un periodista llamado Julio Gálvez.

—Tú, ¿cómo andas de antropología? —repitió la pregunta, en voz muy alta, atendiendo a mi demanda.

Eso, a las ocho y media de la mañana. Y en una cafetería repleta de una mezcla que sería tan extravagante en el resto de la biosfera como era natural en un entorno como aquel.

Yo le contesté lo lógico:

—Pues un poco como todo el mundo. Tengo conocimientos medios. Hace unos años publiqué un extenso artículo en una revista de gran tirada de ámbito nacional.

La culpa fue mía. Eso le condujo a preguntarme sobre la revista. Y la respuesta no podía ser muy excitante:

—Bueno..., se llamaba *Hasta luego*, y era un medio para los tanatorios. Pero los de toda España, no solo de Madrid. Tenía muchos lectores, porque ¿qué hace uno durante horas en un tanatorio? Pues fumar y leer cualquier cosa que se le ponga por delante. Pero la revista tenía un tono alto. Ya sabes, viajes, ritos funerarios, literatura sobre la muerte, arte..., de todo un poco. Pero la publicidad comenzó a bajar y no hubo manera de seguir, porque era gratuita. Tú, que eres un hombre de empresa, imaginarás que es muy complicado fidelizar a los lectores en un caso así.

—Claro, nadie se muere dos veces, ¿no? ¿Y sobre qué escribías?

—Bueno, hice, por ejemplo, un trabajo largo sobre la *txalaparta*.<sup>1</sup>

—¿La chalaqué?

—La *txalaparta*, un instrumento tradicional vasco, muy sofisticado, hecho con palos. Bueno, en realidad, más que tradicional, ancestral. En el País Vasco las cosas son ancestrales. Hasta las que tienen cinco años.

—Vascos, vascos..., vamos a cosas más sencillas. Por ejemplo, ¿tú conoces la diferencia entre un neandertal y un cromañón?

Eso, a las ocho y media de la mañana, tengo que insistir. Mi ánimo comenzó a decaer. En condiciones normales, lo adecuado habría sido descartar una conversación que comenzara de una manera tan disparatada. Pero las circunstancias, aunque fueran normales para mí, no lo eran objetivamente: yo estaba sin empleo y me aferraba a cualquier posibilidad de algún trabajo algo estable. El tipo con el que me las tenía que ver me había citado en un bar porque no tenía despacho en la capital. Me había conectado con él la oficina del INEM más próxima a mi domicilio, a la que acudía cada mes para explicar que lo mío seguía igual, lo que me permitía cobrar los casi mil euros que sumaban mi prestación mensual.

Se llamaba Alfonso Bigoret, y era, como su atuendo anunciaba, un hombre lleno de energía e iniciativas. Unas iniciativas que, como pude comprobar enseguida, superaban lo imaginable.

Bigoret me explicó que su compañía, propiedad de un grupo de socios «muy importante» de la Comunidad Valenciana que quería diversificar sus inversiones, estaba poniendo en marcha una empresa que iba a ser una auténtica novedad en la oferta turística española, dirigida al ámbito de la cultura.

—Se trata de aportar valor añadido al sector, de romper con la rutina de sol y playa. En eso está el futuro del sector, en el valor

1. Véase *Gudari Gálvez*, 2005.

añadido. Y hay muchos recursos para sacar jugo a las inversiones. El gobierno, cualquier gobierno, está dispuesto a apoyar cualquier idea que cambie, que mejore, la oferta. La clave está en lo que te acabo de mencionar, en el valor añadido. No lo olvides nunca, va-lor-a-ña-di-do. Y ahora vamos a ver si eres la persona adecuada. Si tú manejaras un poco de dinero, ¿adónde irías, a Benidorm o a la Alhambra?

—Bueno —le confesé sabiendo que mi respuesta era la acertada—, a la Alhambra, sin dudarlo.

Gruñó satisfecho, pero debía tener alguna necesidad de mayores certezas antes de decidir si yo era su hombre:

—Te lo voy a poner más difícil, Gálvez. Si pudieras elegir entre Marina d'Or y el lago Ness, ¿qué decisión tomarías?

—Hombre, Bigoret, aunque te resulte extraño, me inclino por el monstruo. —No pude evitar la tentación de demostrarle que sabía algo sobre el tipo de fauna que habita las profundidades del lago—. Porque creo que tiene mucho más valor añadido.

—¡Qué agudo eres! Me gusta la gente con sentido del humor. ¿Otro cafelito? Y, mientras lo ponen, cuéntame algo más sobre tu experiencia laboral.

A mi edad era muy sencillo desgranar un largo currículum, que empezaba por una revista importante de la transición, otra sobre el mundo del automóvil y decenas de medios de todo tipo, como periódicos, agencias, departamentos de comunicación, emisoras de radio, televisiones locales, hasta llegar a la revista de tanatorios, mi último empleo relativamente estable.

La historia de su quiebra conmovió a Bigoret:

—Los mercados no respetan el dolor... —dijo para consolarme—. Son ciegos. Esa es su grandeza y ese es su gran defecto, su fría crueldad.

Su satisfacción iba creciendo. Y bajó la voz para que nadie pudiera escuchar nuestra conversación:

—Mira, Gálvez, esto que te voy a ofrecer es como para que te

forres. Bueno, al principio, no. Pero, según vaya tirando el proyecto, puedes ganar mucha pasta. Tú eres periodista, y un poco antropólogo por ello. Sabes cómo interpretar a los seres humanos. Eso es consustancial a tu oficio.

Mi atención decreció por un momento. No había tardado mucho tiempo en mencionar el asunto: al principio no iba a haber apenas dinero. Otro empleo barato más que añadir a mi lista. Y otra vaga promesa de las que nunca se cumplen por la que, si la cosa fuera bien, iba a ganar un sueldazo, o sea, como poco lo que un bedel de Telefónica.

No sé lo que contó a lo largo de los siguientes minutos. Pero me recuperé cuando pidió dos cafés más y añadió a la comanda un par de copitas de añís del Mono. No tuve tiempo para negarme. Solo de reclamar algo de concreción:

—Bueno, Bigoret, ¿qué tendría que hacer y cuánto me pagarías?

—Así me gusta. Un hombre que va al grano. Al principio de la conversación te mencioné al *Homo sapiens* y al cromañón. Supongo que estás al corriente de los trabajos de Atapuerca, ¿no?

—Sí, en Burgos. Una cueva con restos humanos donde un montón de científicos son capaces de deducir por un trocito de un colmillo con cuántos hombres le puso los cuernos a su pareja una señora de treinta años.

—Muy agudo, muy agudo. Bueno, has empezado muy bien. Se trata de que lleves la dirección de comunicación de una empresa de ese estilo en Asturias. La gran diferencia, y ahí está el valor añadido, es que los habitantes de la cueva estarán vivos. O sea, que los visitantes podrán compartir con ellos los paseos, las jornadas de caza, las comidas... Genial, ¿no? Una idea revolucionaria. Imagínate lo que puede ser para una familia de Madrid pasar un fin de semana, todos vestidos con pieles, durmiendo en una cueva llena de seres primitivos, haciendo fuego para calentarse, comiendo con las manos, montando a lomos de asturcones sin silla... Una

experiencia inolvidable. No hay nada que se le parezca en todo el mundo. Lo hemos estudiado. El nuevo gobierno asturiano necesita ideas. Ya he hablado con los de arriba y nos van a dar las subvenciones que haga falta. En Asturias no funciona el turismo, porque el tiempo es siempre imposible de predecir, y si se predice es para anunciar que va a ser malo. Nosotros hemos encontrado la solución a ese problema. ¿Conoces tú algo más estable que una cueva? Siempre la misma temperatura, y no llueve. Lo mismo en invierno que en verano. O sea, que encima nos va a salir barato. Todas las ayudas públicas y poca inversión. Y ni hay que hablar con Hacienda, porque dependemos de una fundación que se ocupa de buscar adaptación a minorías étnicas. ¿Qué te parece?

—Asombroso.

¿Había algo más que decir?

Después de semejante exposición me tomé la copa de anís. Y al cabo de media hora salí del bar con una generosa propuesta de trabajo que comprendía mil euros limpios al mes, alojamiento gratuito fuera de la cueva, ayuda para comida y un teléfono móvil de última generación. Si quería Internet para uso particular, me lo tendría que contratar yo. Pero, en las horas de trabajo, sería a cargo de Bigoret y los suyos, porque en la cueva, eso sí, habría wi-fi.

—Una ucronía. —Me dejé llevar por la pedantería.

—No, no, sin cables. Wi-fi quiere decir sin cables.

Asombroso.

Pero más asombroso aún fue que Bigoret me entregó dos mil euros para los primeros gastos.